



Saul Bellow, a quien pueda interesar

Detrás del matiz voyeur que implican tanto el manoseo como la producción de correspondencia, late el afán maquinal de atestiguar la vida. Escribir cartas es también una manera de rendirnos cuentas. En esta prescripción amateur el principio activo es “Cartas” de Saul Bellow (Alfania, 2011).

■ Raquel G. Otero

Presentar a Saul Bellow sin tropezar en la exageración o la negligencia nos remite de cabeza a la fuente fidedigna de sus palabras: “Uno tiene la oportunidad de presentarse al mundo como un escritor o serlo de verdad”. Si titular es optar, un periodista del Chicago de los años treinta tendría aquí un suculento rótulo a toda página.

Hechas las presentaciones, esto no podría ser jamás una reseña y de haberlo pretendido vería truncado el rumbo una vez pasadas las cien páginas y avistado el horizonte de esta sentencia bellowiana a propósito de su padre: “No lee mis reseñas, solo las mira. De nuevo, sabiduría elevada. Las reseñas son increíblemente vulgares, así que ¿por qué leerlas?”. Con semejantes coordenadas es más sencillo

desencorsetarse venciendo el pudor inicial que conlleva husmear en el correo y tiempo ajenos, para trazar un patchwork sin costuras ni grandes pretensiones.

Distractions of a fiction writer

En contraposición a la biografía, el género epistolar tiene la peculiaridad de situarnos ante la desconocida tarea de confeccionar un perfil en base al magnetismo de los datos. El lector no está obligado a archivar la cronología meritoria *oficial* y puede -y tal vez debe-, quedarse con el diseño en los detalles. La observación como lente nos convierte en caprichosos biógrafos *ad hoc*. Aun así cierta aclimatación



en el contexto a la hora de abordar al autor no está de más y de ahí estas pinceladas, casi peregrinas, a modo de eje cronológico. El germen de todo este *nada-arbitrario- asunto-sublime* que fue “Saul Bellow-Premio Nobel” está en 1912, fecha en que Abram Belo huye de Rusia hacia Canadá tras una condena por negociar con papeles falsos. En 1924 la familia consigue reunirse en Chicago y cambia su apellido por el de Bellow, convirtiéndose poco después en *supervivientes* no sólo de la Rusia revolucionaria, sino también de la Gran Depresión norteamericana. Algunas fechas, como el año en que lee la “Historia de la revolución rusa” de Trotski, el primer intento de escribir una novela, la beca Guggenheim, el primer viaje a Europa (París, Barcelona, Madrid, Málaga, Granada) o su viaje a Jerusalén, son susceptibles de ser lanzadas como globos sonda a la atmósfera literaria que nos ocupa. Sí, Saul Bellow, era un escritor judío en América o, tal y como se definió, *un judío americano cuyos intereses son en gran medida, si bien no exclusivamente, laicos*. Para el escritor no había modo de reconciliar su experiencia americana y moderna de la vida con la ortodoxia judía. Esta concepción asoma en “Jerusalén, ida y vuelta”, cuando Bellow relata un pintoresco episodio a tres en el avión con un joven hasid y el pollo de la British Airways.

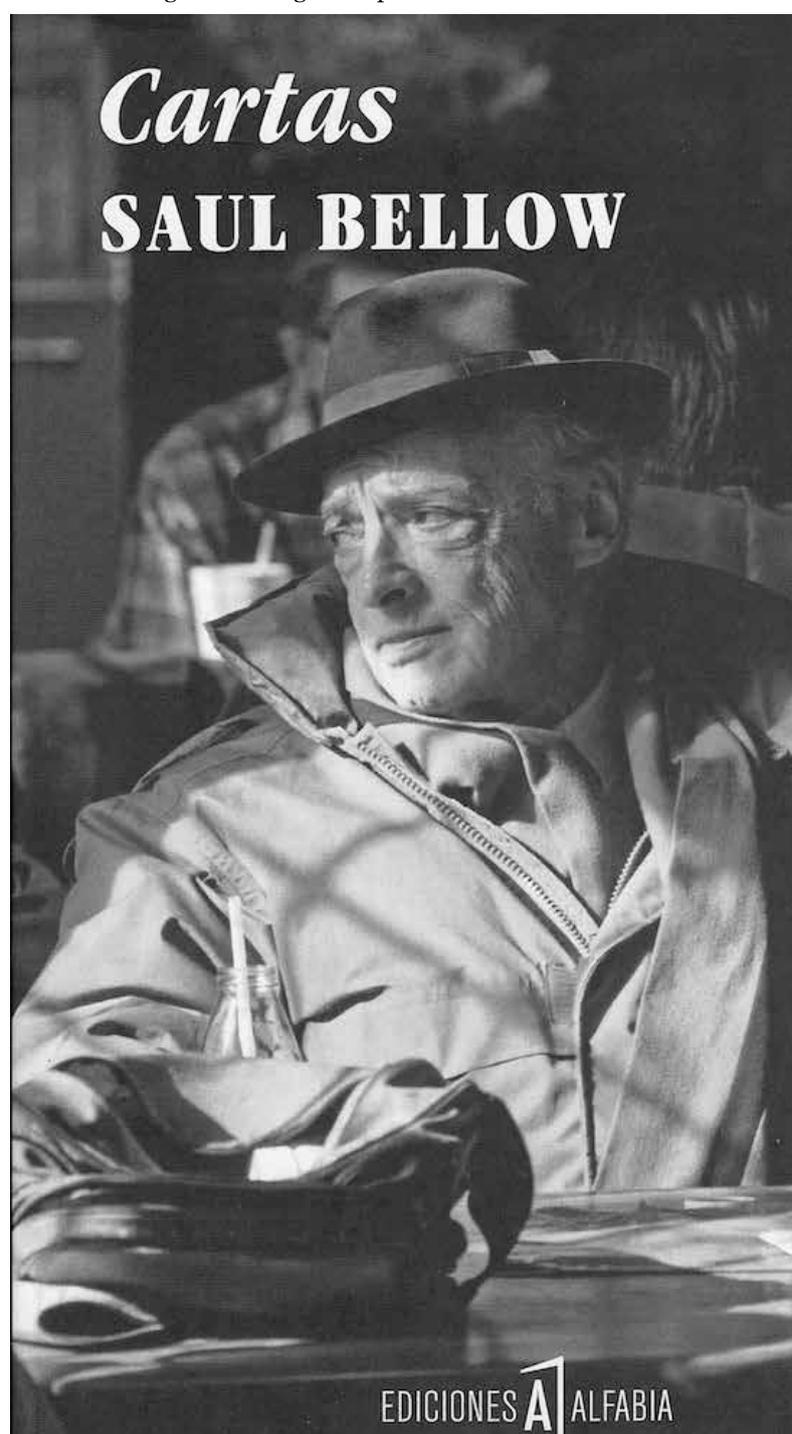
Desde cierta *naïveté* cabe preguntarse cuánto de realidad tiene la novela o cuánta ficción acaba absorbiendo la vida. “Cartas” ostenta el superpoder de integrar al lector, receptor actual, en una suerte de *a fuego lento* de vida y obra con imperecedero valor retroactivo. Reconocer elementos de una y otra esfera es inevitable, y confundirlos es mera cuestión de prudencia. Mientras que en otras correspondencias concurren dos o más interlocutores permitiéndonos profundizar en relaciones concretas (generalmente bidireccionales), la singularidad de ésta es que nos llega sólo una parte, que siempre es la de Bellow, obligándonos a un ejercicio de imaginación lógica y/o empática a la hora de tirar del hilo comunicativo, y que es de una ambición mayor en cuanto nos adentra en la relación de Bellow con su universo más inmediato.

De matasellos y otros lugares

Bellow abre una de sus obras cumbre, “Herzog”, tintando así la puesta en escena de su protagonista: “Había caído en una especie de hechizo y escribía cartas a todo bicho viviente. Estas cartas le apasionaban tanto que, (...) iba por ahí con una maleta llena de papeles.” Moses Herzog escribía, y escribía, incapaz de contestar si no era mediante una nota mental. Prosigue: “Por tanto, dos puntos: Sabía que su manía de escribir cartas a todo el mundo era una ridiculez. De esto no era responsable él. Sus excentricidades le tenían en su poder.” Para los amantes de este tipo de *extravagancias*, la compilación de Benjamin Taylor (traducida por Daniel Gascón) recoge unas dos quintas partes (mitad a mano, mitad a máquina) de la producción epistolar conocida de Bellow, dando comienzo en 1932 y poniendo punto y final poco antes de su muerte en 2005. Si medimos con la vara de la historia, aparecen grandes nombres, nombres medianos y pequeños nombres; editores, autores, periodistas, críticos, familiares, amigos o amantes. Aquellos que busquen en estas cartas el reclamo del destinatario más o menos rimbombante, encontrarán a Martin Amis, Eleanor Clark, William Faulkner, John Cheever, Vargas Llosa, Karl Shapiro, Bernard Malamud, Joyce Carol Oates, Hannah Arendt, Giangiacomo e Inge Feltrinelli, Anne Sexton y, por supuesto, Philip Roth, entre otros. Quienes busquen de otra manera puede que disfruten con la carta de respuesta a Mastroianni sobre los derechos cinematográficos de “El legado de Humboldt”; a Irma Brandeis, crítica, además de antigua musa y amante de Eugenio Montale; a Elizabeth Ames, de Yaddo Home (colonia de artistas en Saratoga Springs), o a Frances

Gendlin, desde la Monk House de Virginia Woolf.

El *lector militante* se introduce en la textura de estas páginas con la suerte de contarse entre los remaches de una historia personal, a veces tierna, a veces sobria, rutinaria, brillante, chaplinesca, o en ruinas, pero siempre lúcida. Cómodamente nos sumergimos de la mano de un remitente de excepción en un anecdotario plagado de personajes que adoptan con carácter inmediato una vis secundaria. Algo de metamorfosis nos eleva a cierta categoría onmisciente para dar cuenta de que dos guiones andan rondándole en su cabeza, uno para De Sica y otro para Fellini, o de la mismísima posibilidad de ver a Arthur Miller colaborando en su revista; de saber lo intimidante que le resulta tener entre el público de un acto a Iris Murdoch, o Isaiah Berlin; de leer de su puño y letra, o de su puño y tecla, menciones a “Trampa 22” de Joseph Heller, o “Las vidas de Dubin” de Bernard Malamud (considerado por Bellow un libro de primera clase); del momento en que termina en Carboneras “El planeta de Mr. Sammler”; o de su cena con Marilyn Monroe, a quien ve comportarse como una filósofa rodeada de tanta gente. Todo un catálogo de mitologías sin precio.



Piel sofisticada y huesos ingenuos

Pero el auténtico legado de Mr. Bellow no es tanto de quién se rodeó, como de quién fue. Las caras A y B son una cuestión de naturaleza indisolublemente humana y literaria. Bellow supone que casi todo el mundo es un escritor de alguna clase, y con un *mais passons* (pero pasaremos) entiende que lo mejor de sí se ha formado en los saltos. Dice ser alguien que habría sido feliz en las filas medias de su oficio y que se sabe no demasiado bueno en la gestión de la “celebridad”. Ante esto, contemplamos al Saul que lleva su manuscrito de un país a otro esperando terminar las correcciones, o que va tres semanas a Londres para huir de las críticas de su último trabajo, pensando en cada libro recién acabado sólo como algo que le ha preparado para hacerlo mejor la próxima vez. “Llega un momento, con frecuencia creciente, en el que los artistas sienten que están cada vez más rodeados de cabras y monos. (...) En realidad, nunca he dejado de buscar lo auténtico, y a menudo encuentro lo auténtico. Caer en la desesperación sólo es una forma elegante de volverse un imbécil. Yo elijo reír, y no me río de mí mismo menos que de los demás”, escribía en 2002.

Las cartas llegan empapadas de franqueza y elegancia, y las anécdotas de puro simbolismo; Bellow quiere a quien quiere. En una misiva a Martin Amis escribe: “Es una pena que la gente que me importa esté tan ampliamente distribuida sobre la faz de la Tierra”. Esta distancia hace, tal vez, las veces de dinamo para la escritura de estas cartas como fe de vida cargada de camaradería y afecto sincero: “(...) pero creo que nos hemos evaluado como gente que pertenece a la misma capa de aire más elevado (o de las profundidades más bajas: lo que prefieras)”. También la ironía se despacha a menudo entre líneas y con corrosiva elocuencia. Su postura es firme ante aquello con lo que no comulga; decir algo necesario es un acto de virtud heroica. Así se muestra ante Faulkner a propósito de la liberación de Ezra Pound, a quien Bellow acusa de aconsejar la enemistad hacia los judíos y predicar a favor del odio y el asesinato. Con la misma firmeza aborda el oficio y sus lindes. Estaba particularmente interesado en que los escritores volvieran al mundo. Como editor se embarcó en la aventura de una revista semianual, *The Noble Savage*, para apartarse de la idea de que la literatura sólo trata de sí misma: “Me hice editor contra mi voluntad, porque estoy cansado de soportar las náuseas que me asaltan cuando abro una Pequeña Revista o una Revista Literaria. No podía creer que las cosas estuvieran de verdad tan mal: que todo el mundo fuera tan consentido, vago, oportunista, astuto, esnob, o irremediable; (...) Y, llenos de vanas ilusiones, lanzamos una revista”.

En algún punto del libro Bellow se define: “Soy todo transiciones”. Este titán literario “siempre a favor de la fortuna bajo las mismas narices de la calamidad”, nunca conoció el bloqueo de escritor, supo tenerse por un asunto bastante extraordinario y, sobradamente consciente de su talento (“Estoy casi listo para sentarme y ser la crónica de Colón, no un miembro de su tripulación”), tomó asiento una y otra vez para darnos personajes al margen de preceptos morales o didácticos: “Aquí está mi visión, que el significado sea el que sea”.

Tal y como empezaba, acabo parafraseando a Bellow en un emotivo discurso en memoria de Ralph Ellison; porque llegar hasta la última carta supone (¿qué creíamos?) encarar el hueco vacante del compañero de viaje: “... no montaba un terso semental, ni era un tirador célebre. Pero tenía el aspecto de un hombre de una época anterior, más cuerda, más seria y más valiente que la nuestra”. Esta no-reseña no cuenta todo lo que está ni está todo lo que fue. Pero todo cuenta.

